

Ana Aguilera

Crímenes contra el legado históricos: ataques contra la cultura y el arte en la yihad contemporánea

Crimes Against History: Attacks on Culture and Art in Contemporary Jihadism

Resumen

A pesar de que los asesinatos y eventos históricos están extensamente documentados, los ataques contra la historia y la herencia cultural han recibido una atención comparativamente limitada. Estos actos varían desde la destrucción de tesoros culturales hasta ataques terroristas diseñados para borrar la narrativa histórica, dejando una huella duradera en la memoria colectiva y la identidad cultural de las sociedades. El presente artículo se propone abordar, a través de unos casos de estudio seleccionados, los ataques contra la historia por parte del terrorismo de corte yihadista. Ejemplos como el asesinato del arqueólogo sirio Khaled al-Asaad y la destrucción de las estatuas de Buda en Bamiyán nos servirán para identificar las complejas motivaciones detrás de estos crímenes, que incluyen la búsqueda de representación mediática, la erradicación del sentido identitario y la reescritura del legado histórico en los lugares donde ocurren. En última instancia, el propósito de este artículo busca destacar la importancia de preservar el patrimonio cultural como una herramienta en la lucha contra el terrorismo y la prevención de la radicalización violenta, teniendo en cuenta su papel esencial en la formulación de una identidad compartida para las generaciones actuales y futuras.

Palabras clave: historia, crimen organizado, arte, cultura, destrucción, violencia iconoclasta

Abstract

Despite the extensive documentation of murders and historical events, attacks against history and cultural heritage have received comparatively limited attention. These acts range from the destruction of cultural treasures to terrorist attacks designed to erase historical narratives, leaving a lasting imprint on collective memory and the cultural identity of societies. This article aims to address, through selected case studies, attacks against history by jihadist terrorism. Examples such as the murder of Syrian archaeologist Khaled al-Asaad and the destruction of the Buddha statues in Bamiyan will help us identify the complex motivations behind these crimes, including the pursuit of media representation, the eradication of cultural identity, and the rewriting of historical legacies in the places where they occur. Ultimately, the purpose of this article is to emphasize the importance of preserving cultural heritage as a tool in the fight against terrorism and the prevention of violent radicalization, considering its essential role in shaping a shared identity for current and future generations.

Keywords: crimes against history, art, culture, destruction, iconoclastic violence

Ana Aguilera, es consultora y analista con experiencia en seguridad internacional, extremismo violento y crimen organizado. Es investigadora en el Observatorio Internacional de Estudios sobre el Terrorismo (OIET).

Recibido

01/09/2022

Aceptado

10/09/2023

Para citar este artículo: Aguilera, A. (2023), Crímenes contra el legado histórico: ataques contra la cultura y el arte en la yihad contemporánea, *Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo*, nº9, pp. 55-68.

1. Introducción

Los crímenes a lo largo de la historia han sido ampliamente documentados. Tenemos registro tanto de asesinatos de hace decenas de miles de años que marcaron la historia antigua (Corral, 2015) hasta sucesos contemporáneos, como el magnicidio de John F. Kennedy en 1963 o el ex primer ministro de Japón, Shinzo Abe, en 2022. Datos sobre el número de víctimas en el curso de las dos guerras mundiales son fácilmente accesibles en cualquier motor de búsqueda, mientras que los fallecidos durante los atentados del 11 de septiembre podían incluso ser contabilizados durante las retransmisiones en directo en programas de televisión y grandes plataformas audiovisuales. Sin embargo, existe un aspecto que ha recibido menos atención en los estudios, libros e investigaciones: los crímenes *contra* el legado histórico.

Los crímenes contra el legado histórico abarcan una amplia gama de acciones que apuntan directamente a objetivos diversos, como objetos, artefactos, esculturas o personas que, debido a su posición, relevancia, condición o significado histórico, se convierten en blancos de ataque. Mientras que los eventos históricos convencionales, como las guerras y las revoluciones, a menudo han sido exhaustivamente documentados y objeto de amplios estudios, los crímenes contra el legado histórico tienden a pasar desapercibidos o recibir una atención insuficiente en la literatura académica. No obstante, estos actos vandálicos tienen un impacto perdurable en la memoria colectiva y en la identidad cultural de una sociedad. Cada individuo o grupo objetivo, cada estructura histórica y cada elemento del patrimonio cultural encierran fragmentos significativos de nuestra historia común, y su destrucción equivale a un intento de borrar el conocimiento que compartimos como parte de la humanidad. En este sentido, la cultura y el arte emergen como componentes históricos esenciales que enriquecen nuestra comprensión del pasado y contribuyen a la formación de una identidad colectiva sólida.

Los crímenes contra el legado histórico abarcan una diversidad de eventos históricos y geográficos que varían desde la pérdida irreparable de tesoros culturales en el declive de antiguos imperios hasta actos contemporáneos. En particular, los ataques perpetrados por grupos terroristas de corte yihadista han adquirido un destacado protagonismo en la historia moderna, en lo que algunos historiadores como Finbarr Flood no dudan en catalogar como “iconoclastas islámicos” (Flood, 2002: 641). Estos grupos extremistas han manifestado un rechazo absoluto por la diversidad cultural y religiosa, optando por la sistemática destrucción de símbolos culturales e históricos con el propósito, entre otros, de imponer su cosmovisión en el imaginario yihadista contemporáneo. Al buscar eliminar cualquier vestigio de historia preislámica o rechazar cualquier tipo de riqueza cultural no islámica, han llevado a cabo actos de terrorismo histórico que afectan a historiadores, monumentos, sitios arqueológicos, museos y otros lugares de inmenso valor.

Este artículo se enfoca en un aspecto específico pero significativo de la historia contemporánea: los ataques perpetrados por actores violentos vinculados al terrorismo de corte yihadista contra la cultura y el arte. A través de una serie de estudios de caso, exploraremos las motivaciones detrás de estos crímenes perpetrados por estos agentes violentos. Para ello, se analizarán cuatro casos particulares: el asesinato del arqueólogo e historiador sirio Khaled al-Asaad a manos de Daesh, la destrucción de las estatuas de Buda en Bamiyán (Afganistán) por parte de los talibán y los ataques a los museos de Kabul y Mosul. La comprensión de estos actos permitirá, en última instancia, examinar las lecciones

aprendidas sobre la importancia de preservar la cultura y el arte en la búsqueda de tres objetivos: 1) el fortalecimiento de la identidad cultural, 2) la lucha contra la propaganda y la financiación del terrorismo y 3) la prevención de la radicalización.

2. Los crímenes contra el legado histórico: ataques a la integridad cultural y la memoria colectiva

Los crímenes contra el legado histórico, perpetrados por aquellos que rechazan la veneración de imágenes sacras y buscan la destrucción del patrimonio cultural, plantean una seria amenaza para la integridad de la narrativa histórica y la salvaguardia de nuestra identidad cultural. Estos individuos, comúnmente denominados iconoclastas, desempeñan un papel de verdugo en el proceso histórico que nos enlaza con nuestras tradiciones y nos proporciona la capacidad de comprender las influencias externas que han configurado la evolución de las sociedades y las mentalidades de sus habitantes.

La devastadora pérdida de monumentos, artefactos históricos y obras de arte no se limita a una sola nación o comunidad; más bien, constituye una pérdida irreparable para la humanidad en su conjunto. Estos ataques no solo impactan en el tejido cultural de una sociedad específica, sino que también empobrecen el legado cultural de toda la humanidad, privándonos de la diversidad y la riqueza de la historia que nos conecta a todos.

El fenómeno de los crímenes contra el legado histórico adopta diversas manifestaciones y los perpetradores emplean una variedad de estrategias para alcanzar su propósito. Entre los actos más destacables se incluyen:

1. Asesinato y desaparición de historiadores, quienes desempeñan un papel crucial como guardianes del conocimiento histórico y defensores de la preservación de la memoria colectiva de las naciones. Al silenciar a estos custodios de la historia, los iconoclastas persiguen la eliminación de testimonios incómodos o que contradicen su visión política.
2. Destrucción deliberada del patrimonio cultural. Ya sea a través de la demolición de monumentos, el incendio de bibliotecas o el saqueo de museos, estas acciones buscan eliminar de la memoria colectiva los símbolos que representan la diversidad y la riqueza cultural de las civilizaciones pasadas. Mediante esta violencia iconoclasta, los perpetradores buscan imponer una uniformidad de pensamiento y borrar la diversidad que ha caracterizado a la humanidad a lo largo de su historia. También buscan captar la atención internacional y cumplir con su objetivo simbólico, como bien lo han demostrado recientemente organizaciones terroristas como Daesh, Al Qaeda o los talibán, lo cual les permite un mayor rédito social y amplificar la capacidad de reclutamiento con una puesta en escena de su narrativa belicista.
3. Ataques personales en público a través de discursos de odio, difamación y persecución dirigida contra aquellos que se oponen a su voluntad o se aventuran a cuestionar sus narrativas distorsionadas. De este modo, buscan sofocar cualquier voz disidente y crear un clima de temor y represión que facilite la imposición de su versión manipulada de la historia.

4. Desinformación y propagación de noticias falsas, método usado en mayor medida en la nueva era de la información y que forma parte del *modus operandi* de los criminales contra la historia. A través de la negación, la censura y la manipulación de hechos, eventos o acontecimientos, esta táctica busca distorsionar la percepción de los eventos pasados y manipular la narrativa histórica según los intereses de los perpetradores. De esta manera, buscan crear una visión sesgada y falsa del pasado que justifique sus actos violentos y refuerce su ideología.

Por cuestión de espacio, en este artículo nos centraremos en cuatro casos de estudio que ilustran los dos primeros tipos de ataques, dejando la puerta abierta a futuras investigaciones que analicen las tipologías restantes para mayor comprensión de un fenómeno que todavía cuenta con una escasa literatura.

En lo que respecta a la primera tipología de ataques, un estudio realizado por el historiador Antoon De Baets proporciona datos reveladores sobre la magnitud de los crímenes contra los historiadores. Se estima que, desde tiempos antiguos, 428 historiadores en todo el mundo han sido asesinados por motivos políticos, y más de la mitad de estos asesinatos ocurrieron después de 1945 (De Baets, 2018). Si ponemos el foco en los actos iconoclastas de los grupos de corte yihadista contra historiadores, encontramos una serie de casos de estudio que ilustran los ataques a los que se han visto sometidos con el paso del tiempo. Uno de los ejemplos más recientes y emblemáticos es el de Khaled al-Asaad, el arqueólogo e historiador sirio que fue brutalmente ejecutado por Daesh debido a su dedicación a la preservación del patrimonio cultural de Palmira.

3. Caso de estudio nº 1: Khaled al-Asaad

El asesinato de Khaled al-Asaad es uno de los casos de estudio más emblemáticos para abordar los crímenes contra el legado histórico perpetrados por Daesh en Siria. Al-Asaad, un distinguido arqueólogo e historiador, dedicó una parte significativa de su vida a la preservación y estudio del patrimonio cultural de la antigua ciudad de Palmira, una joya arqueológica que se remonta al segundo milenio a.C. declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1980. El legado de al-Asaad trascendió su labor como arqueólogo, convirtiéndose en un símbolo de valentía y resistencia frente a los actos de violencia y destrucción emprendidos por Daesh.

En 2015, a la edad de 81 años, Khaled al-Asaad fue detenido por militantes de Daesh, interesados en los tesoros arqueológicos de la ciudad. Durante más de un mes, fue sometido a interrogatorios brutales en un intento de obtener información sobre la ubicación de objetos históricos que pudieran ser vendidos en el mercado negro. Sin embargo, a pesar de las amenazas y torturas, al-Asaad se mantuvo firme en su deber como defensor del legado cultural y se negó a revelar la ubicación de los objetos.

Este acto de negativa ante los verdugos de Daesh selló su destino. Khaled al-Asaad fue condenado a muerte públicamente y ejecutado en una plaza en Tadmur, ciudad cercana a Palmira. Su cuerpo fue inicialmente abandonado en el suelo, para posteriormente ser colgado de un semáforo con un cartel escrito a mano que contenía acusaciones como “director de idolatría”, “apóstata” y “leal al régimen de al-Asaad”, entre otros (De Baets, 2019). Estas acusaciones buscaban difamar su memoria y justificar su brutal ejecución ante la multitud que observaba.

Pero la crueldad no se detuvo ahí. El cuerpo de Khaled al-Asaad fue llevado a Palmira y colgado de una de las columnas romanas, un acto que buscaba enviar un mensaje de terror y sumisión a la comunidad internacional y a los defensores del patrimonio cultural. Las imágenes de su cuerpo colgado se difundieron ampliamente en línea, y los simpatizantes de Daesh celebraron la ejecución como una victoria sobre aquellos que se atrevían a oponerse a su ideología extremista.

La trágica muerte de Khaled al-Asaad no solo impactó profundamente a nivel internacional, sino que también arrojó luz sobre la brutalidad de la organización dirigida entonces por el autoproclamado califa Abu Bakr al-Baghdadi. El sacrificio de al-Asaad se convirtió en un símbolo de resistencia contra los ataques perpetrados contra la historia y el patrimonio cultural, resonando en la comunidad global y entre los defensores del legado histórico en todo el mundo. Además de la pérdida del arqueólogo sirio, Palmira también cayó bajo el control de Daesh. Esta antigua ciudad, con su patrimonio invaluable, representaba valores culturales que eran apreciados en la estética secular occidental. Al atacar y dañar el patrimonio de Palmira, Daesh no solo estaba causando un daño material irreparable, sino que también estaba llevando a cabo un ataque simbólico contra los valores seculares y culturalmente pluralistas asociados con el cosmopolitismo liberal occidental (Clapperton, Martin y Smith, 2017: 1215). Daesh comprendió rápidamente el valor político que podía obtener al destruir el valioso patrimonio histórico de Palmira y a quienes estaban comprometidos en su preservación.

Lo que buscaba Daesh en la ejecución de al-Asaad también tenía un componente mediático: necesitaban mostrar una dominancia en la puesta en escena simbólica, algo que les permitió una difusión de su gesta a gran escala y una saturación informativa (Campion, 2017: 34). Así, estos actos de destrucción no solo borrarían parte de la historia y la identidad cultural siria, sino que también desafiarían y provocarían la condena de la comunidad internacional, lo cual les permitió perpetuar su propia narrativa radical.

4. Caso de estudio nº 2: Las estatuas de Bamiyán, en Afganistán

Las estatuas monumentales de Buda, que datan de los siglos VI y VII, se alzaban en la ciudad de Bamiyán (Afganistán) ubicadas a menos de 200 km de Kabul. Su existencia representaba un valioso tesoro arqueológico y un testimonio impresionante de la rica historia cultural y religiosa de la región. Estas figuras, talladas en la roca de acantilados de piedra arenisca y enclavadas en el corazón de las montañas del Hindu Kush, eran dos de las estatuas de Buda en pie más grandes del mundo y se consideraban obras maestras de la arquitectura a lo largo de la antigua ruta de la seda. Reflejaban el esplendor artístico y religioso de la región en tiempos antiguos.

Sin embargo, la magnificencia y el significado histórico de estas esculturas no bastaron para protegerlas de la intolerancia y la brutalidad extremistas. Para los talibán, estas estatuas eran consideradas como ídolos y símbolos de adoración pagana que chocaban con sus creencias ultraconservadoras. En febrero de 2001, durante el primer gobierno talibán, su líder Mohammad Omar emitió un edicto que ordenaba la destrucción de estas estatuas, argumentando que eran blasfemas y que su preservación ofendía sus interpretaciones extremistas del islam. A pesar de la condena internacional y las protestas, los talibán mantuvieron su determinación de eliminar estas valiosas reliquias culturales.

En marzo de 2001, desafiando la presión internacional, los talibán llevaron a cabo la demolición de las estatuas de Buda en Bamiyán. Especialistas en arte y arqueólogos de todo el mundo observaron con impotencia cómo estos tesoros históricos eran reducidos a escombros mediante explosivos y maquinaria pesada. El estruendo de la destrucción resonó a lo largo del valle, marcando un capítulo trágico en la historia cultural y artística afgana.

La destrucción de las estatuas de Buda en Bamiyán tuvo un impacto profundamente devastador tanto en Afganistán como en la comunidad internacional. Estas majestuosas esculturas no solo representaban un símbolo del rico patrimonio cultural y religioso de Afganistán, sino que también servían como un vínculo tangible con su pasado gandhara¹. Su pérdida constituyó un golpe doloroso para la memoria colectiva de Afganistán y una afrenta a la diversidad cultural y religiosa de la humanidad en su conjunto.

En cierto sentido, la motivación detrás del edicto y la posterior destrucción tuvo un componente oportunista, al igual que en el caso de Palmira. La presencia posterior de periodistas occidentales en el lugar para documentar el vacío dejado por la destrucción de los Budas sugiere que la audiencia prevista para esta comunicación no era divina ni local, sino global. A pesar de su retórica retroactiva, donde revocaron el compromiso previo de proteger las antigüedades budistas de Afganistán, el mulá Omar diseñó esta actuación para transmitir un mensaje en la nueva era digital (Flood, 2002: 651). Este acto de destrucción no solo fue un ataque contra el patrimonio cultural no islámico de Afganistán, sino también una representación de la imposición de censura y represión por parte de esta organización, no solo en Afganistán sino también en otros países donde tienen presencia. De hecho, la demolición de estas antiguas estatuas evoca de manera inequívoca el episodio en el cual Tehreek-e-Taliban Pakistan, la rama talibán en Pakistán, intentó destruir una estatua de un Buda sentado en el noroeste del país en 2007. Afortunadamente, solo lograron desfigurar la parte superior del rostro (Nazir, Caldeira y Seabra, 2023). Los talibán se presentaron como guardianes de la historia, empeñados en borrar las huellas de la diversidad cultural y religiosa que habían perdurado en la región durante siglos.

5. Ataques contra museos: los casos de Kabul y Mosul

5.1. Caso de estudio n° 3: el Museo Nacional de Kabul

Además de los sitios y monumentos arqueológicos, los museos también han sido víctimas del fundamentalismo islámico debido a su consideración como lugares de iconolatría contemporánea. Entre estos museos, el Museo Nacional de Kabul ocupa un lugar destacado y ha sido testigo de eventos tumultuosos a lo largo de la historia afgana, especialmente durante la Guerra Civil (1989-1995).

Su valor cultural e histórico se remonta a épocas mucho más antiguas. En los momentos previos a la llegada del islam a Afganistán, la región estaba fuertemente influenciada por el budismo, lo que se reflejaba en la presencia de artefactos en sitios y colecciones de museos que seguían el estilo gandhara,

1 El estilo gandhara se desarrolló en lo que actualmente es el noroeste de Pakistán y el este de Afganistán entre el siglo I a.C. y el siglo VII de nuestra era. Fuente: Britannica

víctima del anterior caso de estudio. Este estilo único fusionaba elementos de la iconografía budista con influencias del helenismo y el arte romano (Singh, 2022: 158), por lo que eran consideradas artes visuales que evocaban el pasado no islámico en el sur de Asia.

Entre 1996 y 2001, durante el primer gobierno talibán, el Museo Nacional de Kabul sufrió una devastación sin precedentes. Las fuerzas del régimen atacaron el museo y llevaron a cabo un saqueo que afectó a una gran parte de su colección, con la destrucción intencionada del 90% de los artefactos (ISAC, n.d.), buena parte de ellos de arte budista. Miles de objetos valiosos y piezas históricas fueron robados o perdidos para siempre, incluyendo artefactos arqueológicos, esculturas, cerámicas, manuscritos antiguos y piezas religiosas. Estas obras servían como una ventana al milenario pasado de Afganistán, atestiguando la interacción de diferentes culturas y civilizaciones a lo largo de los siglos².

La pérdida de estas valiosas reliquias fue un golpe devastador para el patrimonio cultural y la identidad del país. El saqueo del museo fue un ataque directo contra la memoria histórica de Afganistán y una tentativa de borrar la diversidad cultural y eliminar cualquier rastro de su historia preislámica, considerada por los talibán como una forma de idolatría. Estos actos, en su afán por imponer su visión radical, reflejaron un desprecio profundo por el patrimonio cultural y artístico de la nación.

Después de dos décadas de conflicto, Afganistán inició la reconstrucción del Museo Nacional de Kabul con el apoyo de la UNESCO y la comunidad internacional. Se llevaron a cabo proyectos de recuperación y restauración de algunos de los artefactos robados y dañados, lo que permitió al museo volver a abrir sus puertas y exhibir una colección de alrededor de 50.000 objetos de gran valor histórico y cultural (Cascone, 2021).

Sin embargo, con la retirada de las tropas estadounidenses y de la OTAN en agosto de 2021, los talibán retomaron el control del país, incluyendo el museo de Kabul. Este acontecimiento generó preocupación en la comunidad artística y cultural afgana, así como a nivel internacional, debido a la historia de intolerancia y destrucción del patrimonio cultural que los talibán habían mostrado en el pasado.

A pesar de esto, parece que el pragmatismo caracteriza al nuevo gobierno. Incluso algunos altos funcionarios, incluido el portavoz talibán y el subdirector de cultura, parecen estar receptivos en la protección del patrimonio tangible afgano, lo que ha llevado a su participación en eventos relacionados con artefactos de estilo no islámico y a la persecución de saqueadores y excavadores ilegales de sitios arqueológicos (Somers, 2022). Aun así, las personalidades dedicadas al mundo del arte afgano reciben con cierto escepticismo este nuevo cambio de mentalidad. A pesar de la promesa talibán de no participar en saqueos y de proteger el patrimonio cultural, persiste un temor latente entre los artistas de que los episodios violentos se repitan. El pasado de destrucción y censura impuesto por los talibán durante su anterior gobierno ha dejado una marca indeleble en la memoria colectiva de la sociedad afgana y en la comunidad internacional, que se mantiene vigilante para proteger el patrimonio cultural del país.

2 Debido a su posición geográfica entre el sur de Asia y Asia central, Afganistán cuenta con un rico bagaje cultural desarrollado por sus poblaciones sedentarias y nómadas y herencias provenientes del helenismo, budismo e islamismo, entre otras. Fuente: Penn Museum.

5.2. Caso de estudio n° 4: el Museo Cultural de Mosul

En línea con el caso de estudio anterior, el Museo Cultural de Mosul, un ejemplar representativo de la arquitectura modernista iraquí diseñado por el arquitecto Mohamed Makiya, ha sido el escenario de uno de los ataques más devastadores contra el patrimonio cultural reciente. Este museo, inaugurado en 1952 por el Rey Faisal II, es el segundo museo más grande de Iraq después del Museo de Iraq en Bagdad y ha desempeñado un papel crucial en la historia cultural del país (World Monuments Fund, s.f.).

A lo largo de su historia, el Museo Cultural de Mosul ha sido testigo de episodios de violencia y conflicto. Durante la Segunda Guerra del Golfo en 2003, se vio obligado a cerrar temporalmente para evitar saqueos, trasladando gran parte de su colección al Museo de Iraq en Bagdad, donde solo se retuvieron las piezas monumentales y objetos importantes. El museo volvió a experimentar una segunda ola de violencia a partir de 2014, cuando Daesh tomó el control de la ciudad de Mosul. Inspirados por los actos destructivos de los talibán en el pasado, el grupo perpetró actos vandálicos que casi llevaron a la completa demolición del museo. Documentaron esta destrucción en video, reduciendo a escombros valiosos artefactos y reliquias iraquíes. Además del museo, los sitios del Patrimonio Mundial de Hatra y Nínive, dos enclaves arqueológicos de gran relevancia histórica y cultural, también sufrieron destrozos de magnitud considerable.

La comunidad internacional reaccionó con indignación ante este ataque contra la historia y la cultura de Iraq. La directora general de la UNESCO condenó enérgicamente esta acción, calificándola como una incitación a la violencia y al odio (UN News, 2015). Además, señaló que el ataque violaba la resolución 2199 del Consejo de Seguridad de la ONU, la cual tenía como objetivo proteger el patrimonio cultural de Iraq y Siria y combatir el tráfico ilegal de antigüedades y objetos culturales.

De hecho, la tragedia no terminó con el ataque inicial. Después de la destrucción perpetrada por Daesh, muchos objetos del Museo Cultural de Mosul e incluso del Museo Nacional de Iraq en Bagdad fueron saqueados y traficados por contrabandistas de arte en todo el mundo. Esta práctica ilegal privó a Iraq de piezas de valor incalculable que formaban parte de su historia, exacerbando aún más la pérdida cultural causada por el fundamentalismo islámico.

Entre los objetos robados se encontraba la famosa Máscara de Warka, conocida como la “Mona Lisa de la Antigua Mesopotamia”. Esta máscara, que data de aproximadamente 5.000 años de antigüedad, es considerada la primera representación casi completa y a tamaño real del rostro humano en la historia. Algunos incluso sugieren que podría representar a la diosa sumeria Inanna (Lawler, 2003; Shukir, 2019). La máscara había estado custodiada en el Museo Nacional de Iraq en Bagdad desde su excavación en 1939, pero desapareció tras el colapso del régimen de Saddam Hussein en abril de 2003. Fue objeto de tráfico ilícito y cambió de manos varias veces antes de que finalmente fuera recuperada y devuelta al museo gracias a la colaboración de informantes, la policía iraquí y las fuerzas estadounidenses, unos meses después de su desaparición.

Después de la expulsión de Daesh de la ciudad de Mosul, se iniciaron los esfuerzos para reconstruir el museo, que todavía se encuentra en las etapas finales de restauración con el apoyo de organizaciones internacionales. Se espera que abra completamente al público en 2026.

Las estatuas y artefactos históricos tanto del Museo Nacional de Kabul como del Museo Cultural de Mosul se convirtieron en el objetivo de la iconoclasia de los talibán, Daesh y otras fuerzas islamistas, considerando que estas representaciones del pasado iban en contra de su interpretación dogmática sobre el arte que debe ser preservado.

6. El arte y la cultura como herramientas de prevención y lucha contra el extremismo violento

Como se ha podido comprobar a lo largo de los casos de estudio, las motivaciones detrás de estos crímenes contra el legado histórico están sustentadas sobre tres bases interrelacionadas: el afán propagandístico, el sentido identitario y la reescritura del legado histórico.

Por un lado, la estrategia mediática de los asesinatos y las destrucciones del patrimonio cultural ejerce un rol indiscutible como plataforma de difusión y propaganda de la cosmovisión radical yihadista. La capitalización mediática permite a los grupos violentos demostrar que dominan la puesta en escena, un componente que influye en gran medida a mantener la moral de sus combatientes y desafía de un modo directo la más que probable condena internacional. Esto, en última instancia, perpetúa la narrativa radical del iconoclasta islámico, en tanto en cuanto se ven alimentados por los focos y la atracción comunicativa. Al mismo tiempo, recibir esta atención sirve para atraer a nuevos combatientes y movilizar a individuos afines a la causa, reactivando sus instintos violentos.

Por otro lado, los ataques dirigidos hacia historiadores, monumentos y museos tienen un impacto significativo al destruir elementos fundamentales del legado cultural de estas regiones. Esta destrucción se traduce en una pérdida palpable de la historia colectiva, la identidad cultural y el patrimonio compartido por una comunidad a lo largo de los años. Los ataques contra la historia no solo constituyen un acto de violencia física, sino que también transmiten un mensaje impregnado de odio y hostilidad, con el objetivo de eliminar cualquier vestigio de pluralidad cultural y religiosa de un país. Este efecto tiene el potencial de tener consecuencias devastadoras, especialmente para las comunidades minoritarias, así como para la rica y compleja mezcla de culturas que ha florecido históricamente en diversas regiones de Siria, Afganistán e Iraq.

Finalmente, estos ataques persiguen, en última instancia, la reescritura del legado histórico y la creación de una nueva narrativa. Además de humillar a las comunidades locales, los cuatro casos de crímenes contra el legado histórico analizados también buscan reescribir las raíces históricas de sus habitantes. Esto permite a los grupos radicales imponer su propia narrativa cultural, eliminando cualquier influencia que no se ajuste a su visión dogmática del mundo. Al destruir el pasado, estos grupos radicales pueden empezar a construir una nueva narrativa que justifique sus acciones y su visión del futuro, permitiéndoles consolidar su control sobre la población al imponer una versión manipulada de la historia que respalde sus objetivos.

Por tanto, vemos cómo el arte y la cultura en sí mismas se han convertido en un objetivo cada vez más importante del extremismo violento. Los casos de estudio anteriores nos ofrecen valiosas lecciones sobre la importancia de preservar los objetos que han sobrevivido a través de la historia y la necesidad de proteger el patrimonio cultural por tres razones fundamentales: 1) el fortalecimiento de la identidad cultural, 2) la lucha contra la propaganda y la financiación del terrorismo y 3) la prevención de la radicalización.

En primer lugar, los crímenes contra el legado histórico no solo representan una violación a la integridad de la narrativa histórica, sino que también representan una grave amenaza para la identidad cultural de las naciones y la comprensión de un pasado compartido. Los iconoclastas, al llevar a cabo actos de violencia contra el patrimonio cultural, persiguen de manera deliberada la erradicación de la memoria colectiva, reformulando la narrativa histórica de acuerdo con sus objetivos políticos. Estos ataques se convierten en herramientas para proclamar la supremacía religiosa y ejercer dominio sobre las comunidades más vulnerables y marginadas de la sociedad (Nazir, Caldeira y Seabra, 2023). La lucha contra la negación del pasado y la preservación de la memoria histórica a través de la cultura y las artes, a su vez, se fusiona con la promoción de otras libertades como la de información y el derecho a la opinión. La historia es un testimonio de las experiencias humanas a lo largo del tiempo, y negarla o destruirla equivale a negar y destruir una parte esencial de nuestra identidad colectiva.

Abundan las investigaciones que resaltan el papel de la cultura en la construcción de la identidad (Wilson, 1984; Schwart, Montgomery y Briones, 2006; Mhlambi, Brooks y Zwane, 2021). Incluso en algunos casos, las investigaciones tenían serios problemas a la hora de distinguir entre cultura e identidad, especialmente entre las comunidades locales (Deloria, 1981: 22). Además, la preservación del patrimonio cultural no solo es esencial para la identidad de una nación, sino que también representa un legado invaluable para las generaciones venideras. Un ejemplo ilustrativo de esto se observa en la ciudad de Palmira y su proceso de reconstrucción después de los daños causados por Daesh. La restauración de Palmira se convierte en un medio mediante el cual los sirios pueden recuperar su propia historia y cultura en este lugar, que atesora las huellas de diversas civilizaciones a lo largo del tiempo. No se limita únicamente a la reedificación de estructuras y la recreación de sitios culturales, sino que también supone el mantenimiento de una identidad viva, brindando a las generaciones futuras la oportunidad de explorarla y conocerla.

Asimismo, es fundamental reconocer el poder del arte y la cultura como herramientas para contrarrestar el extremismo violento y fomentar la diversidad y la inclusión. El arte y la cultura actúan como un lenguaje universal que trasciende las barreras lingüísticas y culturales, conectando a las personas y promoviendo la comprensión mutua. Estas manifestaciones artísticas nos permiten expresar nuestras identidades individuales y colectivas, así como comprender y apreciar las culturas de otros. La protección de estos espacios culturales y patrimoniales es una responsabilidad compartida a nivel internacional, destinada a asegurar que las riquezas culturales de cada nación sean preservadas y compartidas con el mundo. Recordar a figuras como Khaled al-Asaad representa un acto de valentía en una época marcada por la sumisión y la capitulación ante la violencia y la ignorancia.

En segundo lugar, es importante destacar que el arte y la cultura pueden ser herramientas efectivas para contrarrestar la propaganda, la narrativa y la financiación del terrorismo. La destrucción de sitios culturales se ha convertido en una estrategia clave para la propaganda y el reclutamiento de organizaciones como Daesh, y la venta ilegal de objetos culturales, incluyendo réplicas de alta calidad, contribuye significativamente a sus finanzas (Terrill, 2017: 17). Grupos como Daesh en Siria e Iraq o Hayat Tahrir al-Sham han fomentado el saqueo de áreas bajo su control a cambio del pago de impuestos (Danti, 2015: 6), en un esfuerzo por engrosar sus arcas y financiar sus operaciones.

Por su parte, el presente artículo ha demostrado cómo la política de destrucción de sitios antiguos como una herramienta de propaganda de, por ejemplo, Daesh, se desarrolló ampliamente a principios de 2015, cuando la organización difundió un video en línea mostrando la demolición de artefactos antiguos en el Museo de Mosul y sus alrededores. Esta acción fue llevada a cabo y promocionada por su alto valor mediático percibido, destinado a impresionar a posibles reclutas al mostrar actos de desafío contra valores modernos expresados principalmente por Occidente y sus aliados. Contrarrestar la influencia que tiene el terrorismo en la difusión de propaganda antioccidental y de constante provocación internacional es un paso importante en la prevención de acciones futuras destinadas a captar la atención de la comunidad global.

En tercer lugar, es esencial reconocer el papel vital de la educación y el enfoque del poder blando en la prevención de la radicalización. En la actualidad, en un mundo globalizado con acceso a una abundante información, las naciones deben integrar estrategias tradicionales del poder duro dedicado al aspecto militar con enfoques más flexibles y sofisticados del poder blando, especialmente en el ámbito cultural (Ariaratnam, 2019). La disminución de la participación en actividades artísticas, que constituyen un componente esencial de este último, socava el tejido social y puede llevar a que los jóvenes busquen influencias externas para dar sentido a sus vidas.

Por lo tanto, las instituciones educativas desempeñan un papel fundamental al capitalizar la riqueza de las artes populares y otras expresiones artísticas para crear oportunidades que permitan a los jóvenes expresar y compartir valores esenciales como el rechazo a la violencia. En este sentido han salido investigaciones que plantean que la mayor tolerancia hacia el terrorismo se relaciona con la aceptación de la violencia como método de resolución de conflictos en la sociedad (Consejo de Europa, 2004). Por ello, esta situación brinda una oportunidad para cuestionar la legitimidad de los extremistas violentos y contrarrestar sus narrativas.

7. Conclusiones

A pesar de que los asesinatos y eventos contemporáneos están ampliamente documentados, los crímenes dirigidos contra la historia han recibido una atención no tan extensa en la literatura académica y la sociedad en general. Estos ataques, que abarcan desde la destrucción deliberada de tesoros culturales hasta actos terroristas contemporáneos destinados a borrar la narrativa histórica, tienen un impacto perdurable en la memoria colectiva y en la identidad cultural de las sociedades.

A través del estudio de casos específicos –el asesinato del arqueólogo e historiador sirio Khaled al-Asaad, la destrucción de las estatuas de Buda en Bamiyán (Afganistán) y los ataques a los museos de Kabul y Mosul– hemos observado cómo las motivaciones detrás de los actos revelan una complejidad subyacente en los crímenes contra el legado histórico, que va más allá de la destrucción física de objetos históricos y monumentos o del asesinato. Por un lado, la violencia contra el arte y la cultura permite a los grupos terroristas una representación mediática que les sirve para un propósito doble: 1) hacer propaganda del triunfo de su imaginario radical yihadista mediante una plataforma que difunda su ideología y atraiga a potenciales seguidores y 2) capitalizar una atención mediática que provoque una oleada generalizada de condena e indignación internacional.

Por otro lado, estas agresiones buscan imponer su visión política y erradicar cualquier rastro de diversidad cultural y religiosa que contradiga su interpretación. Los ataques dirigidos hacia la historia, historiadores, monumentos y museos conllevan la destrucción de componentes fundamentales del rico patrimonio cultural de las áreas afectadas. Este proceso resulta en una pérdida concreta de la narrativa histórica compartida, la identidad cultural y el legado que las comunidades locales han compartido a lo largo de varias generaciones. Finalmente, estos actos destructivos buscan precisamente alterar este legado histórico construido en las comunidades afectadas. Mediante la imposición de una narrativa cultural selectiva alineada con la visión dogmática fundamentalista, los perpetradores de dichos ataques pretenden borrar aspectos incómodos o incompatibles con su ideología y crear una versión manipulada de la historia. Esto también les puede servir para justificar sus acciones violentas presentes y futuras y consolidar su poder.

En este contexto, resulta imperativo adoptar acciones que aborden estos crímenes contra el legado histórico, haciendo énfasis en el papel que desempeñan tanto la cultura como el arte en la lucha contra el terrorismo y la prevención de la radicalización violenta. La historia en sí misma se ha convertido en un objetivo cada vez más recurrente del terrorismo, y la preservación del patrimonio cultural desempeña un papel esencial en la protección de la identidad, la lucha contra la propaganda y la financiación del terrorismo y la prevención de la radicalización.

En última instancia, los crímenes contra el legado histórico nos recuerdan la fragilidad de nuestro patrimonio cultural y la importancia de protegerlo. Representan una llamada de atención para que la sociedad internacional tome medidas concretas para preservar y valorar el legado de la humanidad, asegurando que las lecciones del pasado sigan siendo accesibles para las generaciones futuras. A través del conocimiento y la comprensión de estos crímenes podemos avanzar hacia un mundo en el que la historia y la cultura sean salvaguardadas como tesoros invaluable de la humanidad.

Referencias bibliográficas

- Ariaratnam, K. (2019). *The Role Of Arts In Countering Violent Extremism*. NATO Association of Canada.
- Campion, K. (2017). Blast through the Past: Terrorist Attacks on Art and Antiquities as a Reconquest of the Modern Jihadi Identity. *Perspectives on Terrorism*, 11(1), 26-39.
- Cascone, S. (2021). *The Embattled National Museum of Afghanistan Has Reopened, With Taliban Security Negotiated by its Director*. Artnet News.
- Clapperton, M., Martin, D. y Smith, M. (2017). *Iconoclasm and strategic thought: Islamic State and cultural heritage in Iraq and Syria*. International Affairs. Oxford University Press, 93(5), 1205-1231.
- Consejo de Europa. (2004). *Combating terrorism through culture*. Committee on Culture, Science and Education.
- Corral, M. (2015). *El primer asesinato de la Historia*. Periódico El Mundo.

- Danti, M. D. (2015). *The Finance of Global Terrorism Through Cultural Property Crime in Syria and Northern Iraq*. House Committee on Foreign Affairs - Subcommittee on Terrorism, Nonproliferation, and Trade (TNT).
- De Baets, A. (2018). *Crimes against History*, (1st ed.). Routledge.
- De Baets, A. (2019). *Combating Crimes against History*. Brewminate.
- Deloria, V. (1981). Identity and Culture. *Daedalus*, 110(2), 13-27.
- Fink, N. et al. (2015). *Thinking Outside the Box: Exploring the Critical Roles of Sports, Arts, and Culture in Preventing Violent Extremism*. Policy Brief. The Global Center and Hedayah.
- Flood, F. B. (2002). Between Cult and Culture: Bamiyan, Islamic Iconoclasm, and the Museum. *The Art Bulletin*, 84(4), 641-659.
- Harmansah, Ö. (2015). ISIS, Heritage, and the Spectacles of Destruction in the Global Media. *Near Eastern Archaeology*, 78(3), 170-177.
- ISAC [Institute for the Study of Ancient Cultures]. (n.d.). *Afghanistan*. The University of Chicago.
- Lawler, A. (2003). *Mixed News For Iraqi Antiquities*. American Association for the Advancement of Science.
- Mhlambi, I. J., Brooks, H. y Zwane, N. (2021). Reflecting on the role of arts in South Africa's democratic trajectory: An introduction. En I. J. Mhlambi y S. Ngidi (Eds.), *Mintirho ya Vulavula: Arts, National Identities and Democracy*. 3-29. Mapungubwe Institute for Strategic Reflection (MISTRA).
- Nazir, F., Caldeira, A.M. y Seabra, C. (2023) Heritage tourism and terrorism: media coverage of the destruction and rebuilding of Jahanabad Seated Buddha in Pakistan, *Journal of Heritage Tourism*, 18(4), 504-530.
- Shukir, O. (2019). *The Mask of Warka at the Iraq Museum*. World History Encyclopedia.
- Singh, K. (2022). When Peace Is Defeat, Reconstruction Is Damage: "Rebuilding" Heritage in Post-conflict Sri Lanka and Afghanistan. En J. Cuno y T. G. Weiss (Eds.), *Cultural Heritage and Mass Atrocities*. (151-167). Getty Publications.
- Somers, A. (2022). *Do the Taliban regret blowing up the Bamiyan Buddhas? New government takes steps to protect heritage*. The Art Newspaper.
- Schwartz, S. J., Montgomery, M. J. y Briones, E. (2006). The Role of Identity in Acculturation among Immigrant People: Theoretical Propositions, Empirical Questions, and Applied Recommendations. *Human Development*, 49(1), 1-30.
- Terrill, W. A. (2017). *Antiquities Destruction and Illicit Sales as Sources of ISIS Funding and Propaganda*. US Army War College. USAWC Press.
- UN News. (2015). *Iraq: UNESCO outraged over terrorist attack against Mosul Museum*. United Nations.

Wilson, J. (1984). Special Issue: Defining Cultural and Educational Relations - An International Perspective. Art, Culture, and Identity. *Journal of Aesthetic Education*, 18(2), 89-97.

World Monuments Fund. (n.d.). *Mosul Cultural Museum*.